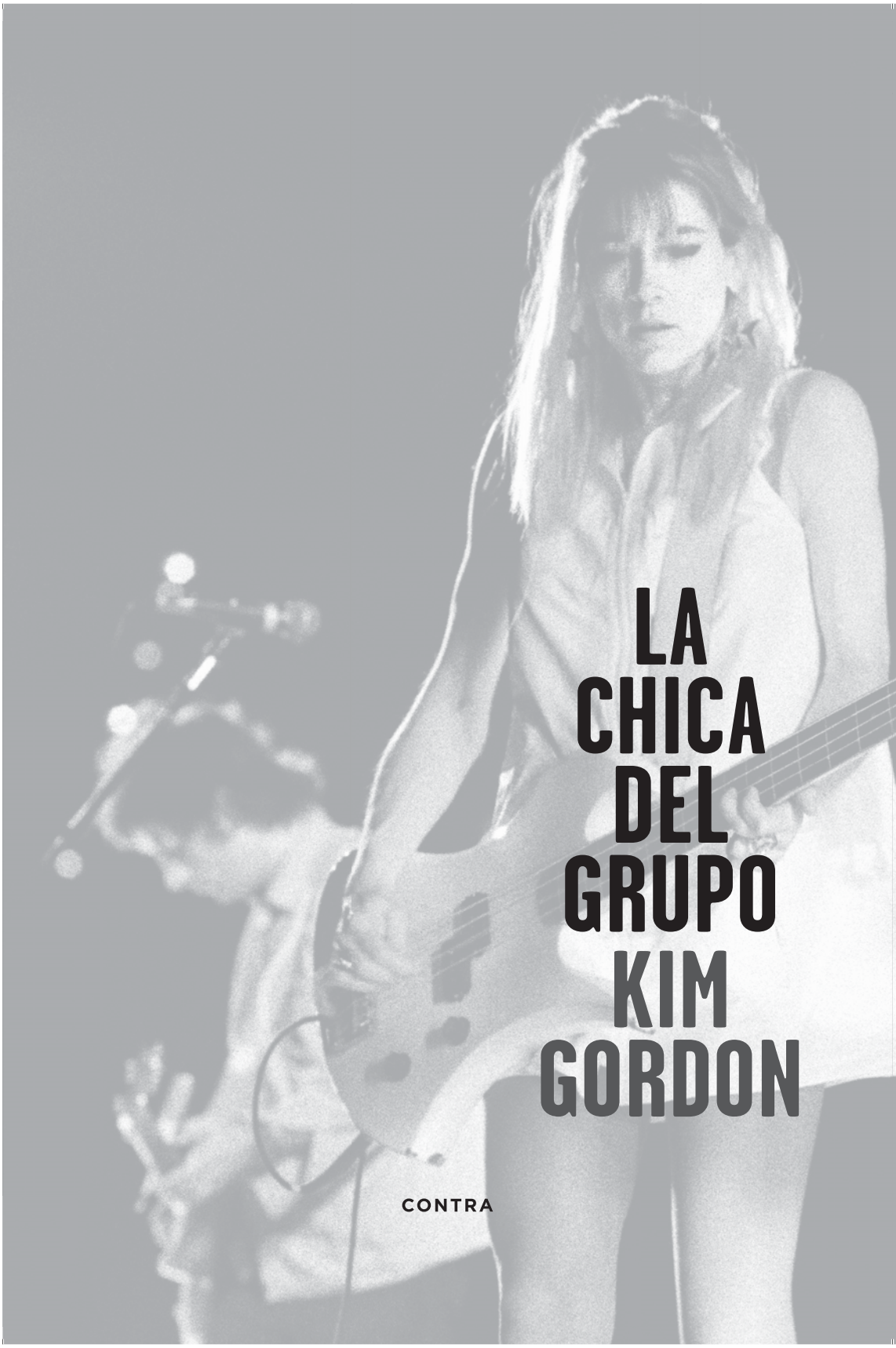


LA CHICA DEL GRUPO

KIM GORDON

CONTRA

Girl in a Band
© 2015, Kim Gordon
Todos los derechos reservados

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Traducción: Montse Ballesteros

Diseño y maquetación: Emma Camacho

Primera edición: Febrero de 2015
© 2015, Contraediciones, S.L.
Psje. Fontanelles, 6, bajos 2ª
08017 Barcelona
contra@contraediciones.com
www.editorialcontra.com

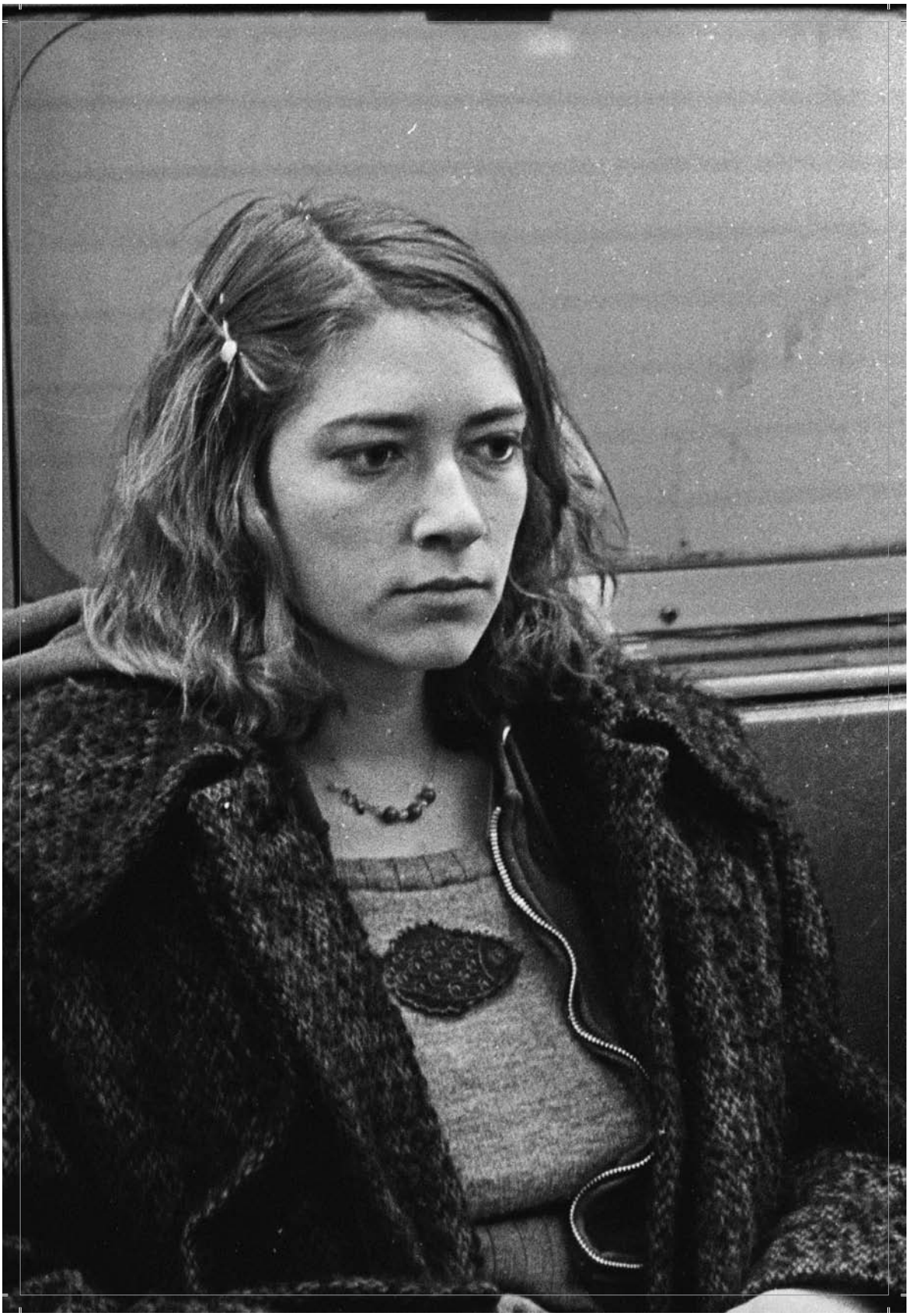
© 2015, Montse Ballesteros, de la traducción
© Camera Press / Steve Double, de la imagen de cubierta: Kim Gordon, 27 de abril de 1990

ISBN: 978-84-942167-8-7
Depósito Legal: DL B 2155-2015
Impreso en España por Liberdúplex

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para Coco, mi Estrella Polar





AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias a:

Mi editora, Carrie Thornton, por su infinita paciencia y por iniciar este proyecto.

También a Sean Newcott, editora adjunta de Carrie.

Al resto del equipo de HarperCollins y de Dey Street Books, incluyendo a Lynn Grady, Sharyn Rosenblum, Michael Barrs, Kendra Newton, Rachel Meyers, Lorie Pagnozzi y Paula Szafranski.

Al equipo de Faber en el Reino Unido: Lee Brackstone, Dan Papps, Gemma Lovett y Dave Watkins.

Un agradecimiento especial a Peter Smith, quien ha sido de suma ayuda a la hora de dar forma a este libro. También me gustaría expresar mi agradecimiento a Henry Dunow, por poner en marcha el proyecto.

A todos los fotógrafos, por permitirme usar sus fotografías.

A todos los amigos que me han ayudado a lo largo de estos últimos años: Elaine Kahn, Luisa Reichenheim, Lili Dwight, Byron Coley, Bill Nace, Julie Cafritz, Marjorie Zweizig, Daisy y Rob von Furth, Rebekah Brooks, Xian Hawkins, Don Fleming, Margaret Bodde, Lizzi Bougatsos, Jutta Koether, John Kelsey, Isabelle Graw, Tony Oursler, Jon Wurster, Jessica Hutchins, Stephen Malkamus, Chloë Sevigny, Mel Wansbrough, Sofia Coppola, Andrew Kesin, Mathew Higgs, Elissa Schappell, Sheila McCullough, Michele Fleischli, Cameron Jamie, Dave Markey, Emma Reeves, Tamra Davis, Mike D,

Adam H, Kathleen, Chris Habib, Mark Ibold, Vicki Farrell, Andrew Kesin, Richard Kern, Carlos van Hijfte, Tom Caw, Spike Jonze, Keith Nealy, Aimee Mann, Amy P, Carrie Brownstein, Ben Estes, Juan Amaya, Jim O'Rourke, J Mascis, Shana Weiss, Hilton Als, Bill Mooney, Barbara Herrington, Patrick Amory y Jamie Brisick.

Un agradecimiento especial a Steve Shelley, Lee Ranaldo y a Thurston Moore, sin los cuales esta historia no hubiera sido posible.

Me gustaría también hacer una mención de agradecimiento a todos los que han formado parte del equipo de Sonic Youth a lo largo de los años: Aaron Mullan, Eric Baecht, Nick Close, Susanne Sasic, Jim Vincent, Jeremy Lemos, Luc Suer, Dan Mapp, Bob Lawton, Peter van der Velde y Maurice Menares, así como a todo el equipo de la agencia SAM, Gaby Skolnek, Micheal Meisel, John Cutcliffe, Chris Kelly, John Silva y Richard Grabel.

A Chris Stone, Nils Bernstein, Patrick Amory, Gerard Cosloy, Chris Lombardi y a la gente de Matador Records, por publicar el doble LP de Body/Head.

A Eric Dimenstein, por encargarse de nuestra contratación.

A mi familia: Keller, Kathryn, Eleanor y Louise Erdman, y a Coco Gordon Moore.

A la memoria de mis extraordinarios padres: mi madre, Althea, y mi padre, Wayne. De alguna manera, su singular espíritu, humor e inteligencia me han servido de guía.

Y, por supuesto, a todos los fans, por el apoyo que me han brindado, el cual no creía que existiera en tal grado hasta que lo necesité.



FIN

CUANDO SUBIMOS AL ESCENARIO para dar nuestro último concierto, la noche giró en torno a los chicos. Por fuera, todo el mundo tenía más o menos el mismo aspecto que había tenido durante las tres últimas décadas. Por dentro, era otra historia.

Thurston le dio unas palmaditas en el hombro a nuestro bajo, Mark Ibold, y atravesó el escenario a grandes zancadas, seguido de Lee Ranaldo, nuestro guitarra, y, luego, de Steve Shelley, nuestro batería. Aquel gesto me pareció tan falso, tan infantil, tan fantasioso. Thurston tiene muchos conocidos, pero nunca trataba temas personales con los pocos amigos varones que tiene y jamás ha sido de los que dan palmaditas en el hombro. Era un gesto que decía a gritos: «He vuelto. Estoy libre. Estoy soltero».

Yo fui la última en salir al escenario, asegurándome de guardar cierta distancia con respecto a Thurston. Estaba agotada y alerta. Steve se situó detrás de su batería como lo haría un padre detrás de un escritorio. Los demás nos armamos con nuestros instrumentos cual batallón, un ejército que solo ansiaba el fin del bombardeo.

Una lluvia torrencial caía oblicuamente. La lluvia en Sudamérica es como la lluvia en cualquier otra parte y también hace que te sientas igual.

Dicen que cuando un matrimonio acaba, aquellas nimiedades en las que nunca habías reparado antes, prácticamente te perforan el cerebro. Durante toda la semana había sido así cada vez que

Thurston estaba cerca. Tal vez él se sintiera igual, o quizá tuviera la cabeza en otra parte. En realidad, yo no quería saberlo. Fuera del escenario, él no paraba de enviar mensajes con el móvil y de andar de un lado para otro alrededor de nosotros como un niño maníaco que se siente culpable.

Después de treinta años, aquel era el último concierto de Sonic Youth. El festival de música y arte SWU se celebraba en Itu, en las afueras de São Paulo, en Brasil, a ocho mil kilómetros de casa, de Nueva Inglaterra. Se trataba de un acontecimiento de tres días, retransmitido por la televisión latinoamericana y también en *streaming*, con grandes patrocinadores como Coca-Cola y Heineken. Los cabezas de cartel eran Faith No More, Kanye West, The Black Eyed Peas, Peter Gabriel, Stone Temple Pilots, Snoop Dogg, Soundgarden y artistas por el estilo. Probablemente, éramos los menos importantes del cartel. Era un lugar extraño para que las cosas llegaran a su fin.

A lo largo de los años, habíamos actuado en muchos festivales de rock. El grupo los consideraba un mal necesario, aunque la perspectiva del «todo o nada» que les daba el hecho de no probar sonido antes de tocar, en cierto modo también los hacía emocionantes. Los festivales implican remolques y carpas en el *backstage*, equipo y cables eléctricos por todas partes, lavabos portátiles malolientes y, de vez en cuando, encontrarse con músicos que te gustan personal o profesionalmente, pero a quienes nunca consigues ver o con los que no consigues quedar o hablar. El equipo puede romperse, se producen retrasos y el tiempo es difícil de pronosticar. Hay veces en que no te llega el sonido de los monitores, pero te lanzas a ello e intentas que tu música llegue a un mar de gente.

Los festivales también implican tocar menos tiempo. Aquella noche remataríamos las cosas en setenta minutos cargados de adrenalina, tal como lo habíamos hecho durante los últimos días en festivales de Perú, Uruguay, Buenos Aires y Chile.

Lo que era diferente con respecto a los últimos festivales y giras es que Thurston y yo no nos hablábamos. A lo largo de toda la semana, no habríamos llegado a intercambiar ni quince palabras. Tras veintisiete años de matrimonio, lo nuestro había fracasado. En agosto le

tuve que pedir que se marchara de nuestra casa de Massachusetts, cosa que hizo. Alquiló un piso a un kilómetro y medio, y cada día iba y volvía de Nueva York.

La pareja a la que todos consideraban feliz, normal y eternamente sólida, que daba esperanzas a los músicos más jóvenes de poder sobrevivir en el loco mundo del rock and roll, ahora no era más que otro ejemplo de una relación de mediana edad fallida: una crisis de los cincuenta masculina, otra mujer, una doble vida.

Thurston simuló, en broma, una reacción de sorpresa cuando un técnico le pasó la guitarra. A los cincuenta y tres años, seguía siendo aquel chico desgreñado y flaco de Connecticut que había conocido en un club del centro de Nueva York cuando él tenía veintidós años y yo, veintisiete. Más tarde me dijo que le gustaron mis gafas de sol abatibles. Con sus tejanos, sus Pumas vieja escuela y una camisa blanca estilo Oxford con botones en el cuello, parecía un chico congelado en un diorama, un diecisieteañero que no quería ser visto en compañía de su madre ni de ninguna mujer, si vamos al caso. Tenía los labios de Mick Jagger y unos brazos y piernas desgarbados con los que parecía no saber qué hacer, y la cautela que se percibe en los hombres altos que no quieren abrumar a los demás con su altura. Su largo pelo castaño le camuflaba la cara, y parecía que le gustase así.

Durante aquella semana, fue como si él hubiera rebobinado el tiempo y borrado nuestros casi treinta años juntos. «Nuestra vida» había vuelto a ser «mi vida» para él. Volvía a ser un adolescente perdido en fantasías, y el numerito de estrella del rock que estaba montando sobre el escenario me exasperaba.

Aunque Sonic Youth siempre había sido una democracia, todos desempeñábamos un papel. Me puse en mi sitio, en el centro del escenario. No siempre había sido así, y no estoy segura de cuándo cambió. Era una coreografía cuyo origen se remontaba a veinte años atrás, cuando Sonic Youth firmó su primer contrato con Geffen Records. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que, para las discográficas de altos vuelos, la música importa, pero el aspecto de la chica es determinante. La chica afianza el escenario, atrae la mirada masculina y, dependiendo de quién sea, devuelve su propia mirada al público.